



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

LA PRESENTE TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## ILUSIONES PERDIDAS

UN GRAN HOMBRE DE PROVINCIAS EN PARÍS

Luciano dejó á Coralia y á Camusot para ir á las galerías de Bois. ¡Qué cambio había producido en su espíritu su iniciación en los misterios del periódico! Se mezcló sin temor entre la multitud que recorría las galerías, ostentó cierto aire impertinente porque tenía querida, y entró en casa de Dauriat con aire desenvuelto, porque era periodista. Allí encontró una gran reunión y tuvo ocasión de dar la mano á Blondet, á Nathán, á Finot y á todos los literatos con quienes fraternizaba hacia una semana; se creyó un personaje, se preció de valer más que sus compañeros y animado por el vino que había bebido, estuvo ocurrente, y, demostró tener aplomo bastante para frecuentar aquella gente. No obstante, Luciano no recogió las aprobaciones tácitas, mudas ó expresas con que contaba: notó cierta envidia entre aquella gente, más bien inquieta que curiosa por saber qué lugar ocuparía aquella nueva superioridad, y qué porción le tocaría en el reparto general de los productos de la prensa. Finot, que veía en Luciano á un hombre susceptible de ser explotado, y Lousteau, que creía tener derecho sobre él, fueron los únicos que sonrieron al poeta. Lousteau, que tenía ya aires de redactor en jefe, llamó con fuerza á las vidrieras del despacho de Dauriat.

— En seguida, amigo mío — le respondió el librero sacando la cabeza por encima de las cortinas verdes al reconocerle.

El *en seguida* duró una hora, después de la cual Luciano y su amigo entraron en el santuario.

—Vamos á ver, ¿ha pensado usted en el negocio de nuestro amigo?—dijo el nuevo redactor en jefe.

—Ciertamente—dijo Dauriat arrellanándose sultanescamente en su sillón.—He hojeado el tomito, se lo hice leer á un hombre de gusto, á un buen juez. porque yo no tengo la pretensión de entender en esas cosas. Yo, amigo mío, compro la gloria hecha ya, como compraba el amor aquel inglés. Usted es tan gran poeta como guapo mozo—dijo Dauriat.—Sus sonetos son magníficos, á fe de hombre honrado (fíjese usted que no digo á fe de librero). No se ve en ellos esfuerzo, lo cual es raro. En fin, sabe usted rimar, lo cual es una de las cualidades de la nueva escuela. Sus *Margaritas* son un hermoso libro; pero no hay medio de hacer negocio con ellas, y yo no puedo ocuparme más que de vastas empresas. Por conciencia, no quiero tomar sus sonetos, porque me sería imposible trabajarlos, ya que no darían bastante ganancia para hacer el gasto que exige la propaganda. Por otra parte, usted no continuará dedicándose á la poesía, y su libro será un libro aislado. Usted es joven aún, y me ha traído la eterna colección de versos que hacen, al salir del colegio, todos los literatos; colección de la cual se burlan más tarde. Su amigo Lousteau debe tener también un poema que yace entre su calzado viejo. Lousteau, ¿no tienes tú también un poema que creías que te había de proporcionar un éxito?—dijo Dauriat á Esteban, dirigiéndole una astuta mirada.

—Es claro; ¿cómo podría, si no, escribir en prosa?—dijo Lousteau.

—Bueno, ya lo ve usted, y, sin embargo, nunca me ha hablado de él. Bien es verdad que nuestro amigo conoce la librería y los negocios—repuso Dauriat.—Para mí, la cuestión—dijo mirando á Luciano—no es saber si es usted un gran poeta. Usted tiene mucho, pero mucho mérito, y si yo empezase el negocio de la librería, cometería la falta de editar su obra. Pero, en primer término, hoy mis comanditarios me quitarían los víveres, pues basta que haya perdido veinte mil francos el año pasado para que no quieran oír hablar de poesía. Sin embargo, no es esta la cuestión: yo admito que sea usted un gran poeta; pero, ¿será usted fecundo? ¿hará usted sonetos periódicamente? ¿llegará á diez tomos? ¿será su nombre un negocio? No, no lo creo. Será usted un delicioso periodista, y tiene sobrado talento para engolfarse en los versitos. Podrá usted ganar treinta mil francos anuales

en los periódicos, y no los cambiará usted por los tres mil francos que le darían difícilmente sus hemistiquios y sus estrofas.

—Dauriat, ¿ya sabe usted que el señor es del periódico?—dijo Lousteau.

—Sí—respondió Dauriat.—He leído su artículo, y por su propio interés rechazo las *Margaritas*. Sí, amigo, le habré dado á usted más dinero dentro de seis meses por los artículos que le pediré, que por su poesía invendible.

—¿Y la gloria?—exclamó Luciano.

Dauriat y Lousteau soltaron una carcajada.

—¡Diantre!—dijo Lousteau—la gloria conserva las ilusiones.

—La gloria es diez años de persistencia y una alternativa de cien mil francos de ganancia ó de pérdida para el librero. Si encuentra usted locos que impriman sus poemas, dentro de un año, cuando sepa usted el resultado, me agradecerá el consejo.

—¿Tiene usted ahí mi manuscrito?—dijo Luciano fríamente.

—Tenga, amigo mío—respondió Dauriat, cuyos modales con Luciano se habían dulcificado extraordinariamente.

Luciano tomó el paquete sin mirar el estado en que estaba el bramante, y salió con Lousteau sin dar muestras de consternación ni de descontento. Dauriat acompañó á los dos amigos hasta la tienda, hablando de su periódico y del de Lousteau. Luciano jugaba negligentemente con el manuscrito de las *Margaritas*.

—¿Crees que Dauriat ha leído ó ha hecho leer tus sonetos?—le dijo Esteban al oído.

—Sí—dijo Luciano.

—Mira el bramante.

Luciano examinó el paquete, y vió que ni siquiera había sido abierto.

—¿Qué soneto le ha llamado á usted más la atención?—dijo Luciano palideciendo de cólera y de rabia.

—Todos son notables, amigo mío—respondió Dauriat,—pero el de la *Margarita* es delicioso, y termina con un pensamiento fino y delicado. El me ha hecho adivinar el éxito que ha de tener su prosa, y por eso le recomendé en el acto á Finot. Háganos usted artículos, y se los pagaremos bien. Mire usted, bien está pensar en la gloria; pero no olvide lo

positivo y tome todo lo que se le presente. Cuando sea usted rico, ya hará versos.

Luciano salió bruscamente para no estallar: estaba furioso.

—Vamos, niño—dijo Lousteau siguiéndole,—cálmate y acepta á los hombres como lo que son: como medios. ¿Quieres tomar la revancha?

—¡A toda costa!—dijo el poeta.

—Aquí tienes un ejemplar del libro de Nathán, que Dauriat acaba de darme. La segunda edición aparece mañana. Vuelve á leer esa obra, y escribe un artículo demoliéndola. Feliciano Vernou no puede sufrir á Nathán, cuyo éxito daña, á su juicio, al futuro éxito de su obra. Una de las manías de esos espíritus raquícos consiste en imaginar que no son posibles dos éxitos á la vez, y, por lo tanto, te admitirá el artículo en el periódico en que él trabaja.

—Pero ¿qué se puede decir contra ese libro? ¡Si es magnífico!—exclamó Luciano.

—¡Ah! amigo mío, aprende tu oficio—le dijo Lausteau riéndose.—Aunque fuese una obra nuestra, debes presentarla como una estúpida necedad, como una obra peligrosa y malsana.

—¿Cómo?

—Cambiando las bellezas en defectos.

—Soy incapaz de semejante habilidad.

—Querido mío, un periodista es un acróbata, y es preciso que vayas acostumbrándote á los inconvenientes de semejante profesión. Mira, yo soy buen muchacho, y, sin embargo, en esta ocasión procedería de este modo. Estate atento. Empezarás por encontrar la obra hermosa, y entonces puedes entretenerte en escribir lo que piensas. El público se dirá: «Este crítico no es envidioso, y tal vez sea imparcial». Desde entonces, el público considerará concienzuda tu crítica. Después de haber conquistado la estimación del lector, te lamentarás de tener que vituperar la marcha que imprimen semejantes libros á la literatura francesa, diciendo: «¿No gobierna Francia la inteligencia del mundo entero? Hasta hoy, de siglo en siglo, los escritores franceses mantenían en Europa el sistema del análisis y del examen filosófico mediante el estilo y la forma original que daban á las ideas». Con este motivo, haces un elogio de Voltaire, de Rousseau, de Montesquieu, de Buffón; explicas lo difícil que es el manejo de

la lengua francesa, y sueltas axiomas como este: «Un gran escritor, en Francia, es siempre un gran hombre, pues su idioma le lleva á pensar siempre, cosa que no ocurre en los demás países, etc.» Demostrarás tu proposición comparando á Rabener con la Bruyere. No hay nada que dé más fama á un crítico que el hablar de un autor extranjero desconocido. Kant es el pedestal de Cousín. Una vez en este terreno, lanzas una frase que resuma y explique á los necios el sistema de nuestros genios del siglo pasado, llamando á su literatura *literatura ideada*. Armado de esta palabra, arrojas todos los muertos ilustres á la cabeza de los autores vivos, y entonces explicas que en nuestros días se produce una nueva literatura que abusa del diálogo, que es la forma literaria más fácil, y de las descripciones, que dispensan de pensar. Opones las novelas de Voltaire, de Diderot, de Sterne y de Lesage, tan substanciales y tan incisivas, á la novela moderna, en que todo se traduce en imágenes y que ha sido excesivamente *dramatizada* por Walter Scott. En semejante género sólo tiene mérito el inventor, y debes decir que la novela á lo Walter Scott es un género y no un sistema. En seguida pulverizarás este funesto género, que diluye las ideas; género accesible á todos los espíritus; género en el que todo el mundo puede llegar á ser autor; género que llamarás, en fin, *literatura imaginada*. En seguida le aplicas este argumento á Nathán, demostrando que es un imitador y que sólo tiene apariencias de talento. Carece su libro del estilo substancioso del siglo XVIII, y debes probar que el autor ha sustituido los acontecimientos á los sentimientos. ¡El movimiento no es la vida, el cuadro no es la idea! Suelta sentencias de este género, que siempre son repetidas por el público. A pesar del mérito de la obra, debes juzgarla fatal y peligrosa, porque abre las puertas de la gloria á la multitud, permitiéndote ver en lontananza un ejército de autorcillos que se apresuran á imitar esta fórmula. Aquí podrás entregarte á asombrosas lamentaciones acerca de la decadencia del gusto, y puedes deslizarte á hacer el elogio de los señores Etienne, Jouy, Tissot, Gosse, Duval, Jay, Benjamin Constant, Aignan, Baour-Lormian, Villemain, corifeos del partido liberal napoleónico, bajo cuya protección se encuentra el periódico de Vernou. Presentarás esta gloriosa falange oponiendo resistencia á la invasión de los románticos, defendiendo la idea y el estilo contra la imagen y la charla,

continuando la escuela volteriana y oponiéndose á la escuela inglesa y alemana, como los diez y siete oradores de la izquierda combaten por la nación contra los ultras de la derecha. Protegido por estos nombres reverenciados por la inmensa mayoría de los franceses, que estarán siempre por la oposición de la izquierda, puedes aplastar á Nathán, cuya obra, aunque encierra superiores bellezas, da en Francia derecho de ciudadanía á una literatura sin ideas. Desde este momento no se trata ya de Nathán y de su libro, sino de la gloria de Francia. El deber de las plumas honradas y valerosas es oponerse vivamente á esas importaciones extranjeras. Aquí adulas al abonado. Según tú, Francia es una nación avispada, difícil de sorprender. Si por razones que tú no tratas de averiguar, el librero ha encontrado un éxito, el verdadero público no tarda en desvanecer los errores en que incurrieron los quinientos necios que componen su vanguardia. Dirás que después de haber tenido la dicha de vender una edición de ese libro, el librero es muy audaz haciendo una segunda, y te lamentarás de que tan hábil editor desconozca tanto los instintos del país. He aquí la masa. Salpica de ingenio estos razonamientos, ponles un poco de vinagre, y ya tienes á Dauriat frito en la sartén de los artículos. Pero no te olvides de terminar fingiendo que lamentas que Nathan haya cometido un error que le priva de dar hermosas obras á la literatura contemporánea.

Luciano quedó estupefacto oyendo hablar á Lousteau. Cada palabra del periodista iba arrancando el velo de sus ojos, permitiéndole ver verdades literarias que ni siquiera había sospechado.

—Pero ¡si estás lleno de razón en todo lo que me dices! —exclamó Luciano.

—A no ser así, ¿habría medio de atacar el libro de Nathán? —dijo Lousteau. —Amigo mío, he aquí una primera forma de los artículos que se emplean para reventar las obras. Esto es el pico de la crítica. Pero hay otras muchas fórmulas. Ya te irás iniciando en ellas. Cuando te veas obligado por los propietarios ó por los redactores en jefe á hablar de un hombre que no te inspire simpatía, desplegarás las negaciones de lo que nosotros llamamos *artículo de fondo*. Se pone á la cabeza del artículo el título del libro de que quieren que se hable; se comienza con consideraciones generales, en las cuales se puede hablar de los grie-

gos y de los romanos, y al fin se dice: «Estas consideraciones nos llevan á tratar del libro del señor tal, que será objeto de un segundo artículo.» Y el segundo artículo no aparece nunca. De este modo, se ahoga el libro entre dos promesas. Aquí no haces un artículo contra Nathán, sino contra Dauriat. Es preciso darle un buen meneo. Tratándose de un buen libro, el pico no penetra; pero llega hasta el corazón si es un mal libro. En el primer caso, sólo hiere al librero, y en el segundo, hace un favor al público. Estas formas de crítica literaria se emplean igualmente en la crítica política.

La cruel lección de Esteban abrió los ojos á Luciano, el cual comprendió admirablemente aquel oficio.

—Vamos al periódico—dijo Lousteau.—Allí encontraremos á nuestros amigos, y nos pondremos de acuerdo para dar una carga á Nathán. Ya verás cómo se ríen.

Llegados á la calle de Saint-Fiacre, subieron juntos á la buhardilla donde se hacía el periódico, y Luciano quedó tan sorprendido como maravillado al ver la especie de alegría con que sus compañeros convinieron en reventar el libro de Nathán. Héctor Merlín tomó un pedazo de papel y escribió estas líneas para publicarlas en su periódico:

«Se anuncia una segunda edición del libro del señor Nathán. Contábamos guardar silencio acerca del mismo; pero esta apariencia de éxito nos obliga á publicar un artículo, más bien que acerca de la obra, sobre la tendencia de la nueva literatura.»

En la columna de las chirigotas del número del día siguiente, Lousteau escribió esta frase:

«¿Publica el librero Dauriat una segunda edición del libro del señor Nathán? ¡Cómol! ¿no conoce el proverbio de palacio: NON BIS IN IDEM? ¡Honor al valor desgraciado!»

Las palabras de Esteban habían sido como un rayo de luz para Luciano, el cual, llevado de su deseo de venganza, estuvo inspirado. Tres días después, durante los cuales no salió del cuarto de Coralía, donde trabajaba al lado del fuego, servido por Berenice y acariciado, en sus ratos de cansancio, por la atenta y silenciosa Coralía, Luciano puso

en limpio un artículo crítico de unas tres columnas, en el que llegó á una altura sorprendente. Cuando acabó su trabajo eran las nueve de la noche; corrió al periódico, encontró allí á los redactores, les leyó el artículo y fué escuchado seriamente. Feliciano no dijo una palabra, tomó el manuscrito y bajó á toda prisa las escaleras.

—¿Qué le pasa?—exclamó Luciano.

—Que lleva tu artículo á la imprenta—dijo Héctor Merlin.—Es una obra maestra en la que no hay que quitar una palabra ni añadir una línea.

—Vamos, veo que no hay más que enseñarte el camino—dijo Lousteau.

—Quisiera ver la cara que pondrá Nathán mañana al leer eso—dijo otro redactor, en cuyo rostro brillaba una dulce satisfacción.

—Habrás que ser amigo de usted—dijo Héctor Merlin.

—¿De modo que está bien?—preguntó vivamente Luciano.

—¡Ya lo creo! Blondet y Vignón tendrán envidia—dijo Lousteau.

—He aquí un articulito que hice para ustedes, y que, en caso de éxito, puede dar materia para una serie de composiciones semejantes.

—Leámoslo—dijo Lousteau.

Luciano leyó entonces uno de esos artículos que fueron la fortuna de aquel periodiquillo. En dos columnas describía uno de esos detalles insignificantes de la vida parisiense, una figura, un tipo, un acontecimiento moral. Aquella muestra, titulada *Los transeuntes de París*, estaba escrita de aquella manera nueva y original en que el pensamiento resultaba del choque de las palabras y en que el contraste de los adjetivos y de los adverbios llamaba la atención. Aquel artículo era tan diferente del artículo grave y profundo acerca de Nathán, como *Las letras persas* del *Espíritu de las leyes*.

—Has nacido periodista—le dijo Lousteau.—Ese artículo se publicará mañana, y puedes hacer de esa clase tantos como quieras.

—¡Ah!—dijo Merlin.—Dauriat está furioso á causa de los dos obuses que lanzamos á su almacén. Vengo de su casa, donde le hallé furioso, lanzando imprecaciones contra Finot. Yo le llamé aparte y le dije al oído estas palabras: «¡Las *Margaritas* le costarán á usted caras! Llega un hombre de

talento á su casa, y usted lo manda á paseo, cuando nosotros lo recibimos con los brazos abiertos.

—Dauriat quedará reventado con el artículo que acabamos de oír—dijo Lousteau á Luciano.—¿Ves, hijo mío, lo que es un periódico? Pero tu venganza sigue adelante. El barón del Chatelet ha venido esta mañana á preguntar tu dirección. Esta mañana se publicó un artículo sangriento contra él, y como el ex guapo carece de talento, está desesperado. ¿No has leído el periódico? Mira: *Entierro del Airón llorado por la Jibia*. La señora de Bargetón es apodada *Airón*, y Chatelet no recibe otro nombre que el de *barón Airón*.

Luciano tomó el periódico, y no pudo menos de reirse al leer aquella joya satírica debida á Vernou.

—Van á capitular—dijo Héctor Merlin.

Luciano participó alegremente de alguno de los chistes y de las salidas ingeniosas con que se hacía el periódico, charlando y fumando, contando las aventuras del día y las ridiculeces de sus compañeros, ó algunos nuevos detalles de su carácter. Aquella conversación eminentemente burlesca, ocurrente y malvada, puso á Luciano al corriente de las costumbres y del personal de la literatura.

—Mientras que se compone el periódico—dijo Lousteau,—voy á dar una vuelta contigo para presentarte en los teatros en que no has estado aún, y después iremos á buscar á Florina y á Coralia al Panorama Dramático y pasaremos un rato en sus palcos.

Ambos, pues, se fueron de bracerero de teatro en teatro, donde Luciano fué presentado como redactor, felicitado por los directores y examinado atentamente por las actrices, las cuales sabían ya la importancia que un solo artículo suyo acababa de dar á Coralia y á Florina, contratadas, la una en el Gimnasio, con doce mil francos al año, y la otra, con ocho mil, en el Panorama. Todo aquello fueron otras tantas pequeñas ovaciones que hicieron crecer á Luciano á sus propios ojos, dándole una idea de su poder. A las once, los dos amigos llegaron al Panorama Dramático, donde Luciano ostentó un aire desenvuelto que maravilló á todo el mundo. Nathán estaba allí, y tendió la mano á Luciano, el cual se la estrechó.

—¡Ah! amigos míos—dijo,—¿conque queréis hundirme?

—Pues espera á mañana, querido mío—respondió Lousteau,—y verás cómo te trata Luciano. Palabra de honor, que

quedarás contento. Cuando la crítica es tan seria como la de él, los libros ganan siendo criticados.

Luciano estaba rojo de vergüenza.

—¿Es muy duro el artículo?—preguntó Nathán.

—No, es grave—dijo Lousteau.

—¿De modo que no me hará daño?—repuso Nathán.—

Héctor Merlín decía hace un momento que me perjudicaría mucho.

—Déjele usted decir, y espere—exclamó Luciano, siguiendo á Coralía á su cuarto, en el momento en que ésta dejaba la escena con su atractivo traje.

Al día siguiente, en el momento en que Luciano almorzaba con Coralía, oyó un coche cuyo seco ruido anunciaba su elegancia y cuyo caballo tenía esa planta y esa manera de pararse que denota la raza pura. En efecto, desde su ventana, Luciano vió el magnífico caballo inglés de Dauriat, y á éste, que tendía las riendas á su lacayo antes de bajar.

—Es el librero—dijo Luciano á su querida.

—Dígale usted que espere—dijo inmediatamente Coralía á Berenice.

Luciano se sonrió al ver el aplomo de aquella muchacha, que tan admirablemente se identificaba con sus intereses, y corrió á abrazarla con verdadera efusión: Coralía había demostrado ingenio. Se ha transformado tanto el negocio de la librería en quince años, que la rapidez del impertinente librero y el pronto rebajamiento de aquel príncipe de los charlatanes dependía de circunstancias olvidadas hoy casi por completo. De 1816 á 1827, época en que los gabinetes literarios, establecidos al principio para la lectura de los periódicos, se decidieron á dar á leer los libros nuevos mediante una retribución, la librería no tenía más medios de publicación que los artículos insertos en los folletines ó en el cuerpo de los periódicos. Hasta el año 1822, los periódicos franceses aparecían en hojas de tan pequeño tamaño, que los periódicos grandes apenas alcanzaban las dimensiones de los periódicos pequeños de hoy. Para resistir á la tiranía de los periodistas, Dauriat y Ladvoat fueron los primeros que inventaron los anuncios, con los que llamaron la atención de París, desplegando en ellos caracteres de fantasía, extraños colores, viñetas, y más tarde litografías que hicieron del anuncio un poema para los ojos y á veces

una decepción para el bolsillo de los aficionados. Los anuncios llegaron á ser tan originales, que uno de esos maniáticos llamados coleccionistas posee una colección completa de los anuncios parisienses. Este medio de anuncio, que se limitaba en un principio á los escaparates de las tiendas y á las esquinas de los paseos, fué abandonado por el prospecto y el anuncio en el periódico. No obstante, el cartel, que atrae las miradas cuando el anuncio y la obra están olvidados, subsistirá siempre, sobre todo desde que se ha encontrado el medio de pintarlo en las paredes. El anuncio, que ha convertido la cuarta página de los periódicos en un campo tan fértil para el fisco como para los especuladores, nació bajo los rigores del timbre y del correo. Estas restricciones, inventadas en tiempo del señor de Villele, que hubiera podido matar entonces los periódicos vulgarizándolos, crearon, al contrario, cierta especie de privilegios, haciendo casi imposible la fundación de un periódico. En 1821, los periódicos tenían, pues, derecho de vida y muerte sobre las concepciones del pensamiento y sobre las empresas de la librería. Un anuncio de algunas líneas inserto en los *Hechos-París* se pagaba horriblemente caro. Las intrigas eran tantas en el seno de las oficinas de redacción y por la noche en el campo de batalla de las imprentas, á la hora en que se decidía la admisión ú omisión de tal ó cual artículo, que las grandes librerías tenían á sueldo á un letrado para redactar aquellos articulitos en que era preciso hacer entrar muchas ideas en pocas palabras. Aquellos oscuros periodistas, pagados únicamente después de la inserción, se quedaban á veces todas las noches en las imprentas para ver insertar, ya los grandes artículos obtenidos Dios sabe cómo, ya algunas líneas, que recibieron después el nombre de *reclamos*. Hoy las costumbres de la literatura y de la librería han cambiado tanto, que muchas gentes creerían una fábula los inmensos esfuerzos, las seducciones, las cobardías y las intrigas que inspiraba la necesidad de obtener aquellos reclamos á los libreros, á los actores, á los mártires de la gloria, á todos los forzados condenados á perpetuidad al éxito. Comidas, halagos, regalos, todo se empleaba con los periodistas. La siguiente anécdota dará perfecta cuenta de la estrecha alianza que existía entonces entre la crítica y la librería.

Un gran estilista con pretensiones de hombre de Estado,

joven aún, galante y redactor de un periódico, pasó á ser el predilecto de una famosa casa de librería. Un domingo, estando en el campo donde el opulento librero obsequiaba á los principales redactores de los periódicos, la dueña de la casa, joven aún y bonita, se llevó á su parque al ilustre escritor. El primer dependiente de la casa, alemán frío y metódico, que no pensaba más que en los negocios, se paseaba de bracero con un periodista, hablando de un negocio acerca del cual le consultaba. La conversación los llevó fuera del parque, llegando hasta el bosque. En el fondo de una espesura, el alemán ve algo que se parece á su ama; toma su monóculo, hace seña al redactor de que se calle y se vaya, y él mismo se retira con precaución.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó el escritor.

—Casi nada, que nuestro artículo será admitido—le respondió el alemán.—Mañana tendremos, por lo menos, tres columnas en los *Debates*.

Otro hecho explicará este poder de los artículos.

Un libro del señor de Chateaubriand, acerca del último Estuardo, permanecía en un almacén por ser imposible su venta, y un solo artículo, escrito por un joven en el periódico los *Debates*, hizo que se vendiese el libro en una semana. En una época en que, para leer un libro, era preciso comprarlo, y no alquilarlo, se tiraban diez mil ejemplares de ciertas obras liberales alabadas por todos los periódicos de la oposición.

Los ataques preparatorios de los amigos de Luciano y su artículo tenían la virtud de detener la venta del libro de Nathán. Éste sólo sufría en su amor propio, y no tenía nada que perder, pues había cobrado ya; pero Dauriat podía perder treinta mil francos. En efecto, el comercio de librería llamado *novedades*, se resume en este teorema comercial: una resma de papel blanco vale quince francos, é impreso vale cien perras chicas ó cien escudos, según el éxito. En aquellos tiempos, un artículo en pro ó en contra decidía á veces esta cuestión financiera. Dauriat, que tenía que vender quinientas resmas, acudía para capitular con Luciano, y de sultán, el librero se había convertido en esclavo. Después de haber esperado durante algún tiempo murmurando, haciendo el mayor ruido posible y hablando con Berenice, logró hablar con Luciano. Aquel altivo librero tomó el aire risueño de los cortesanos, y dijo al entrar:

—No se molesten ustedes, amores míos. ¡Vaya un par de tortolitos más hermosos! Me hacen ustedes el efecto de dos palomos. Señorita, ¿quién diría que este hombre, que parece una damisela, es un tigre con garras de acero, que le desgarró á uno la reputación como le debe desgarrar á usted los peinadores cuando tarda mucho en quitárselos?—dijo echándose á reír sin acabar su broma.—Hijo mío—continuó, sentándose al lado de Luciano...—Señorita, soy Dauriat—dijo interrumpiéndose.

El librero juzgó necesario decir su nombre, al ver que no era bastante bien recibido por Coralia.

—Caballero, ¿ha almorzado usted? ¿quiere usted hacerme compañía?—dijo la actriz.

—¿Por qué no? Hablaremos mejor en la mesa—repuso Dauriat.—Por otra parte, así tendré derecho á invitarle á usted á comer con su amigo Luciano, pues ahora él y yo tenemos que ser amigos como el guante y la mano.

—¡Berenice! trae ostras, limones, manteca fresca y vino de champagne—dijo Coralia.

—Tiene usted demasiado talento para no saber lo que aquí me trae—dijo Dauriat mirando á Luciano.

—¿Viene usted á comprarme mi colección de sonetos?

—Precisamente—respondió Dauriat.—Pero, ante todo, rindámos uno á otro las armas.

Y esto diciendo, sacó del bolsillo una elegante cartera, tomó de ella tres billetes de mil francos, los puso en un plato y se los ofreció á Luciano, diciéndole:

—¿Está el señor contento?

—Sí—dijo el poeta, que se sintió inundado de una alegría inmensa al ver aquella inesperada suma.

Luciano se contuvo; pero sentía deseos de cantar, de saltar; creía en la lámpara maravillosa, en los encantadores; creía, en fin, en su genio.

—Así, *Las Margaritas* son mías, ¿verdad?—dijo el librero.

—Pero con la condición de que nunca atacará usted mis publicaciones.

—Las *Margaritas* son tuyas; pero yo no puedo comprometer mi pluma, que es de mis amigos, como la tuya es mía.

—Pero, en fin, usted pasará á ser uno de mis autores, y todos mis autores son amigos míos. Espero, pues, que no me perjudicará en mis negocios sin advertírmelo antes, á fin de que yo pueda prevenir el ataque.

—Convenido.

—¡Brindo por su gloria!—dijo Dauriat levantando el vaso.

—Ahora sí que veo que ha leído usted las *Margaritas*—dijo Luciano.

Dauriat no se desconcertó por esto, y dijo:

—Querido mío, comprar las *Margaritas* sin conocerlas es el mayor favor que puede permitirse un librero. Dentro de seis meses será usted un gran poeta y publicará cuantos artículos quiera, porque le temen; de manera que á mí no me costará gran trabajo vender su libro. Hoy soy el mismo negociante de hace cuatro días. No soy yo el que ha cambiado, sino usted. La semana pasada, sus sonetos eran para mí hojas de berza; pero hoy, su posición los ha convertido en maravillas.

—Bueno, si no ha leído usted mis sonetos, ha leído en cambio mi artículo—dijo Luciano, que se volvió burlón é impertinente al considerar que, además de tener una querida hermosa, su éxito literario era casi seguro.

—Sí, amigo mío, ¿cree usted que habría venido á no haber sido por eso? Desgraciadamente, es muy hermoso ese terrible artículo. ¡Ahl pequeño, tiene usted mucho talento. Créame, aprovechese usted de la fama—dijo con una sonrisa que disimulaba la impertinencia del consejo.—Pero, ¿ha recibido usted el periódico? ¿lo ha leído?

—Todavía no, y sin embargo, esta es la primera vez que publico un trozo grande de prosa. Supongo que Héctor habrá hecho que lo dirijan á mi casa, á la calle Charlot.

—Toma, lee—dijo Dauriat imitando á Talma en el papel de *Manlio*.

Luciano tomó la hoja, y Coralía se la arrancó, diciéndole:

—Ya sabe usted que me pertenecen las primicias de su pluma.

Dauriat estuvo sumamente adulator y cortesano; temía á Luciano y le invitó, junto con Coralía, á una gran comida que daba á los periodistas á fines de la semana. Se llevó el manuscrito de las *Margaritas*, diciéndole al poeta que pasase cuando quisiese por su casa para firmar el contrato, que estaría dispuesto. Fiel siempre á los modales regios con que procuraba imponerse á las gentes superficiales, pasando más bien por un Mecenas que por un librero, Dauriat dejó los tres mil francos, negándose con un gesto negligente á acep-

tar el recibo que le ofrecía Luciano, y partió, después de besar la mano á Coralía.

—Conque, amor mío, ¿hubieras cogido muchos papeles de esa clase si hubieses permanecido en tu agujero de la calle de Cluny, escudriñando los libros viejos de la biblioteca de Santa Genoveva?—dijo Coralía á Luciano, el cual le había contado toda su vida.—Mira, tus amiguitos de la calle de los Cuatro Vientos, me parece que son unos grandes bobos.

¡Sus amigos del cenáculo eran unos bobos, y Luciano oyó riendo esta sentencia! Había leído su artículo impreso, y acababa de gustar ese inefable goce de los autores, ese primer placer de amor propio que sólo una vez acaricia el espíritu. Leyendo y releendo su artículo, comprendía mejor su alcance y su importancia. La impresión es á los manuscritos lo que el teatro á las mujeres; ponen de relieve sus bellezas y sus defectos; lo mismo mata que da vida, y una falta impresa salta á la vista con tanta viveza como los hermosos pensamientos. Luciano, embriagado, no pensaba ya en Nathán; nadaba en la alegría, se veía rico, y Nathán sólo era su estribo. Para un niño que poco antes bajaba modestamente la cuesta de Beaulieu á Angulema, para trasladarse á la buhardilla de Postel, donde toda la familia vivía con doscientos francos anuales, la suma que le había entregado Dauriat era el Potosí. Un recuerdo muy vivo aún, pero que debía extinguirse, le llevó á la plaza del Murier. Se acordó de su hermosa, de su noble hermana Eva, de su David y de su pobre madre, é inmediatamente envió á Berenice á la administración de coches, temiendo, si tardaba, no poder dar los quinientos francos que enviaba á su madre. Para él y para Coralía, esta restitución era una buena acción. La actriz abrazó á Luciano, proclamándole modelo de hijos y de hermanos, y le colmó de caricias, pues esta clase de rasgos encantan á esas buenas muchachas que tienen siempre el corazón en la mano.

—Ahora, tenemos invitaciones para comer toda la semana, y como has trabajado bastante, vamos á divertirnos—le dijo Coralía.

Como mujer que quería gozar de la belleza de un hombre que iban á enviársela todas las mujeres, Coralía, que no encontraba á Luciano bastante bien vestido, lo llevó á casa de Staub. De allí, los dos amantes se encaminaron al bosque de Bolonia, yendo después á comer á casa de la señora

de Val-Noble, donde Luciano encontró á Rastignac, á Bixiou, á Lupeaulx, á Finot, á Blondet, á Vignón, al barón de Nucingen, á Beaudernord, á Felipe Bridau, al gran músico Conti y á toda la serie de artistas, de especuladores y de gentes que quieren oponer grandes emociones á grandes trabajos, y que hicieron una magnífica acogida á Luciano. Éste, seguro de sí mismo, desplegó su ingenio y fué proclamado *hombre fuerte*, elogio que estaba entonces de moda entre aquellos semicamaradas.

—¡Oh! habrá que ver los puntos que calza—dijo Teodoro Gaillard á uno de los poetas protegidos por la corte, que pensaba fundar un periodiquito realista que se llamó más tarde *El Desengaño*.

Después de comer, los dos periodistas acompañaron á sus queridas á la Ópera, donde Merlín tenía un palco y adonde se trasladó á poco toda la reunión. Luciano volvió á aparecer, pues, triunfante en el mismo sitio en que había sufrido una decepción algunos meses antes, y se presentó en la sala de descanso, dando el brazo á Merlín y á Blondet y mirando cara á cara á los petimetres que antes se habían burlado de él. ¡Tenía á Chatelet á sus pies! De Marsay, Vandenesse, Manerville, los elegantes de aquella época, cambiaron con él entonces algunos saludos insolentes. No había duda que se había hablado del guapo y elegante Luciano en el palco de la señora de Espard, á la que Rastignac había hecho una larga visita, pues la marquesa y la señora de Bargetón dirigieron sus gemelos hacia Coralia. ¿Excitaba Luciano alguna pena en el corazón de la señora de Bargetón? Este pensamiento preocupó al poeta: al ver á la Corina de Angulema, un deseo de venganza agitó su corazón como el día en que había sufrido el desprecio de aquella mujer y de su prima en los Campos Elíseos.

—¿Ha traído usted de su provincia algún amuleto?—dijo Blondet á Luciano, entrando, algunos días después, á eso de las once, en el cuarto del poeta, que no se había levantado aún. Su belleza hace estragos desde la bodega al granero, de arriba abajo. Querido mío, vengo á buscarle á usted—dijo estrechándole la mano.—Ayer, en los Italianos, la señora de Montcornet me manifestó deseos de que le presentase á usted en su casa. Supongo que no negará usted este favor á una mujer encantadora y joven, en cuya casa encontrará usted á lo más distinguido de nuestra sociedad.

—Si Luciano es juicioso, no debe ir á casa de su condesa—dijo Coralia.—¿Qué necesidad tiene de frecuentar esos centros, donde se aburrirá?

—¡Ah! ¿quiere usted tenerle secuestrado?—dijo Blondet.—¿Se cela usted de las mujeres distinguidas?

—Sí, porque son peores que nosotras—dijo Coralia.

—¿Cómo lo sabes tú, gatita mía?

—Por sus maridos. ¿Olvida usted que tuve á de Marsay seis meses?

—Hija mía—dijo Blondet,—¿cree usted que yo tengo interés en introducir en casa de Montcornet á un hombre tan guapo como el suyo? Si se opone usted á ello, haga cuenta que no he dicho nada. Yo creo que, más que de mujeres, se trata aquí de obtener paz y misericordia por parte de Luciano, con respecto á un pobre diablo. El barón del Chatelet comete la torpeza de tomar en serio unos artículos; la marquesa de Espard, la señora de Bargetón y el salón de Montcornet se interesan por el Airón, y yo he prometido reconciliar á Laura y á Petrarca.

—¡Ah! ¿de manera que ya son míos?—exclamó Luciano, que creyó sentir en sus venas sangre más fresca y que gustó del goce embriagador de la venganza satisfecha.—Me hace usted adorar mi pluma, adorar á mis amigos, adorar el fatal poder de la prensa. Yo no he hecho aún ningún artículo del Airón y de la Jibia. Iré, amigo mío—dijo tomando á Blondet por la cintura,—sí, iré cuando esa pareja haya sentido el peso de esta cosa tan ligera—añadió tomando la pluma con que había escrito el artículo de Nathán y blandiéndola.—Mañana dedicaré á ellos dos columnas, y después veremos. No temas nada, Coralia; no se trata de amor, sino de venganza, y la quiero completa.

—¡He aquí un hombre!—dijo Blondet.—Luciano, si supieses lo raro que es encontrar una explosión semejante en el mundo estragado de París, comprenderías lo que vales. Serás un gran tipo, porque veo que estás en la senda que conduce al poder.

—Y llegará á él—dijo Coralia.

—¡Oh! bastante camino ha hecho en seis semanas.

—Y cuando sólo esté separado de un cetro por el espesor de un cadáver, podrá servirse del cuerpo de Coralia como puente.

—Veo que se aman ustedes como en los tiempos de la

edad de oro—dijo Blondet.—Te felicito por tu gran artículo, que está lleno de cosas nuevas—dijo mirando á Luciano.—Hete ya constituido en maestro.

Lousteau fué con Héctor Merlin y con Vernou á ver á Luciano, el cual se sintió muy halagado al verse objeto de sus atenciones. Feliciano llevaba cien francos á Luciano como precio á su artículo. El periódico había sentido la necesidad de retribuir un trabajo tan bien hecho, á fin de conquistar al autor. Al ver aquel puñado de periodistas, Coralia mandó á buscar un almuerzo á la fonda más próxima, y los invitó á todos á pasar á su comedor cuando Benice fué á decirle que todo estaba dispuesto. En medio de la comida, cuando el vino de champagne se subió á todas las cabezas, se supo la razón de la visita que hacían á Luciano todos sus camaradas.

—Supongo que no querrás que Nathán sea enemigo tuyo—le dijo Lousteau.—Nathán es periodista, tiene amigos y te jugará una mala pasada á la primera obra que publiques. ¿No tienes en venta *El arquero de Carlos IX?* Esta mañana hemos visto á Nathán, y está desesperado. Conque así, debes hacer un artículo prodigándole elogios.

—¿Cómo! Después de mi artículo contra su libro, queréis...—preguntó Luciano.

Emilio Blondet, Merlin, Lousteau, Vernou, todos interrumpieron á Luciano con una carcajada.

—Tú lo has invitado á cenar aquí pasado mañana—le dijo Blondet.

—Tu artículo no está firmado—le dijo Lousteau.—Feliciano, que no es tan nuevo como tú, no ha dejado de poner al pie una *C*, con la cual podrás firmar tus artículos en el periódico, que es de la izquierda pura. Nosotros somos todos de la oposición. En la tienda de Héctor, cuyo periódico es centro derecha, podrás firmar con una *L*. Se busca el anónimo para al ataque, pero se firma siempre cuando se elogia.

—No es que me preocupen las firmas—dijo Luciano.—Lo malo es que no sé qué decir en favor del libro.

—¿De modo que pensabas lo que escribías?—dijo Héctor á Luciano.

—Sí.

—¡Ay! amigo mío—dijo Blondet;—yo te creía más fuerte. No, palabra de honor que, mirando tu frente, te creía do-

tado de una omnipotencia semejante á la de esos grandes espíritus constituidos para poder considerarlo todo bajo su doble forma. En literatura, cada idea tiene su anverso y reverso, y nadie puede comprometerse á afirmar cuál es el reverso. Todo es bilateral en el dominio del pensamiento. Las ideas son binarias. Jano es el mito de la crítica y el símbolo del genio. Sólo Dios es triangular. Lo que coloca á Moliere y á Corneille á gran altura, ¿no es la facultad de hacer decir *si* á Alceste y *no* á Filinto, á Octavio y á Cinna? Rousseau, en la *Nueva Eloisa*, escribió una carta en pro y otra en contra del duelo. ¿Te atreverías tú á determinar cuál es su verdadera opinión? ¿Quién de nosotros podría pronunciarse entre Clarisa y Lovelace, entre Héctor y Aquiles? ¿Cuál es el héroe de Homero? ¿Cuál fué la intención de Richardson? La crítica debe contemplar las obras desde todos sus puntos de vista.

—¿De modo que usted escribe lo que opina?—le dijo Vernou con aire burlón.—Hombre, hombre, tenga en cuenta que nosotros somos comerciantes de frases y vivimos de nuestro comercio. Tratándose de hacer una obra grande y hermosa, un libro, está bien que traslade uno á él sus pensamientos y su alma; pero artículos, leídos hoy y olvidados mañana, no valen, á mi juicio, más que lo que pagan por ellos. Si da usted importancia á semejantes estupideces, ¿se persignará é invocará al Espíritu Santo para escribir un prospecto?

Todos se asombraron de ver que Luciano tenía ciertos escrúpulos, y acabaron por desgarrar su honrada envoltura cubriéndole con la capa de los periodistas.

—¿Sabes con qué palabra se consoló Nathán después de haber leído tu artículo?—dijo Lousteau.

—¿Qué sé yo!

—Nathán exclamó: «Los artículos pasan, las grandes obras permanecen». Este hombre vendrá á cenar aquí dentro de dos días, y debe prosternarse á tus pies, besar tus plantas y decirte que eres un gran hombre.

—La cosa sería extraña—dijo Luciano.

—¡Extraña!—repuso Blondet,—es necesaria.

—Amigos míos—dijo Luciano medio borracho,—yo bien lo quisiera; pero ¿cómo hacerlo?

—Pues bien—dijo Lousteau,—escribe para el periódico de Merlin tres hermosas columnas donde te refutarás á ti